

BELLINI, Giuseppe: *Quevedo y la poesía hispanoamericana del siglo XX: Vallejo, Carrera Andrade, Paz, Neruda, Borges*. Eliseo Torres & Sons, Nueva York, 1976. Traducción de J. Enrique Ojeda. 143 págs.

Con raras excepciones, toda obra literaria de nuestro siglo cuyo interés trascienda los límites del país de su autor —como es el caso de la obra poética de los distintos autores analizados en este trabajo— debe necesariamente estar enraizada en hondas preocupaciones existenciales. Con esto, lógicamente no queremos decir que este tipo de problemática sea algo específico de nuestro siglo, porque indiscutiblemente, reconocemos su existencia a lo largo de toda la historia de la literatura, desde el Medievo, muy ostensiblemente manifiesta en autores y obras concretas, como el propio profesor Bellini ha puesto ya en evidencia en estudios anteriores dedicados a sor Juana y a Caviedes.

Sin embargo, reconocemos su obligada aparición en el siglo xx, ya que en esta hora de crisis que nos ha tocado vivir, en que se están cuestionando los valores de esta civilización que hoy «padecemos», y que tan empequeñecido, maltratado y envejecido ha dejado al hombre que la ha construido, no se puede necesariamente, eludir una problemática de este tipo. (Naturalmente existencial no siempre es sinónimo de postura existencialista, aunque algunas veces, sobre todo dentro de la narrativa, se manifieste bajo esos postulados filosóficos.)

Con estas observaciones iniciales queremos hacer ver que el trabajo del profesor Bellini tiene un alcance mayor que el que muestra la perspectiva que recoge el título: *Quevedo y la poesía del siglo XX*. Indiscutiblemente «el escritor más universal del Siglo de Oro español» —como alguien lo ha llamado en franca contradicción con la opinión de Borges— ha prestado al crítico un gran servicio: facilitarle una importante base comparativa, ya que al ser Quevedo el poeta que con más hondura y mayor vehemencia ha representado otra época de crisis —la de la decadencia material y espiritual de la España del siglo xvii—, se constituye en algo de gran utilidad para el crédito que, como Bellini, intente ahondar en estos problemas.

Sin embargo, a partir de la visión que Quevedo nos ofrece de temas como el de la muerte y el tiempo, por ejemplo, y tras la constatación de las afinidades con las que recogen las obras hispanoamericanas, el crítico lleva a cabo lo que a mi parecer es el servicio más valioso que el antecedente español le ofrece: por vía de contraste —tan barroca también— analiza lo que libro tras libro, y poema tras poema, se van presentando como posturas diferentes, variantes que nos proporcionan la visión completa de esa problemática existencial en los distintos autores analizados.

En este último sentido creo que es donde radica sobre todo el gran interés de este trabajo. La revisión es exhaustiva tanto dentro de cada uno de los libros, como en lo referente a la totalidad de la obra, con las escasas y obligadas excepciones de los más recientes títulos publicados por Borges y Paz. Esta edición en español lleva incluso un apéndice en donde se recoge «la poesía de los últimos años», es decir, la aparecida desde la primera edición del trabajo, en 1967, hasta la fecha de la publicación de la edición que reseñamos. Se analizan en este apéndice títulos de Carrera Andrade, Octavo Paz, Pablo Neruda y Jorge Luis Borges.

Recoge también el trabajo sustanciosas observaciones, referidas a los mismos

temas, en poetas mejicanos que no refleja el título. Me refiero a Villaurrutia y Gorostiza.

Comienza Bellini el capítulo dedicado a Vallejo reconociendo que Xavier Abril ya analizó el parentesco de los poetas parauano y español en conceptos como el amor y la muerte entre otros. Bellini lo amplía a la asociación tiempo-muerte y en este sentido hace observar que si bien en ambos es continuo el pensamiento de la muerte y el fluir temporal, la radical diferencia, dentro de su afinidad, estriba en la creencia de Quevedo y no creencia de Vallejo en un más allá; circunstancia que explica el más medular sentimiento de desamparo apreciable en Vallejo, y su falta de aleccionamiento moral.

La lírica de Carrera Andrade es, como dice Bellini, «un diálogo con el hombre y las cosas», diálogo en el que se aprecia, con el transcurrir de los años, una evolución desde el pesimismo inicial —fruto de una radical conciencia de soledad— a una superación de ese sentimiento vencido ante unos fraternales lazos familiares y universales. De aquí que la huella de Quevedo esté presente sobre todo en la poesía de la primera época, concretamente en los títulos *El tiempo manual* y *Biografía para uso de los pájaros*; en estos libros es donde el pesimismo de Carrera Andrade se manifiesta más radical, lo cual le lleva a la utilización de ciertos símbolos en torno a la soledad, el tiempo y la destrucción, motivados fundamentalmente por esa crisis de valores de que hablábamos al comienzo y que adquirió su virulencia a partir del período de entreguerras.

La poesía de Octavio Paz recoge también las constantes existenciales referidas al tiempo, la muerte, la soledad y la destrucción o disolución en la nada. La raíz existencialista de su poesía explica estos contenidos, y su afinidad con el Quevedo existencial. Pero mientras el poeta español los resuelve en advertencias de Dios, para Paz son motivos de reflexión tras los cuales busca su presencia, búsqueda que acaba en la evidencia, para él, de la sordera de Dios, y la realidad de la nada. Esta conclusión convierte a su soledad en más hermética y a la muerte en la última demostración de lo absurdo de la vida («La muerte es un espejo que refleja las vanas gesticulaciones de la vida», dice en *El laberinto de la soledad*) y paso obligado, como el vivir, hacia la nada.

El contacto con Quevedo está en la idea «del significado corrosivo del tiempo y la continua invasión nocturna de la muerte» (pág. 52). También en la conclusión única y decisiva que debe presidir todo plantamiento humano: «todos vamos a morir / ¿sabemos algo más?» (de «El tiempo mismo», en *Salamandra*). Pero el no saber de Paz, de lo que espera tras esa muerte, confiere a su poesía un tono más trágico que a la de Quevedo.

Neruda, nos hace recordar Bellini, es un entusiasta de Quevedo. Son muchas sus huellas, no ya referidas a la temática fundamental del trabajo, sino en detalles secundarios los que el crítico italiano rastrea en la poesía de Neruda. Sobre todo a partir de la segunda *Residencia en la tierra*, que es cuando en Neruda se acentúa una visión sombría del mundo. Los conceptos de la muerte y el tiempo son una vez más los fundamentales motivos del contacto. «La vida, para Neruda, como para Quevedo, es cultivo de la muerte, agricultura de la muerte» (página 61), en palabras que el poeta chileno reconoce como «únicas».

También en Borges (véase *Otras inquisiciones*) Quevedo ha dejado su impronta. No creo aquél que el español sea un poeta universal, pero le reconoce como el «primer artífice de las letras hispánicas».

Términos e imágenes, referidas fundamentalmente al problema del tiempo, unen a Borges y Quevedo, pero no creo, sin embargo, que exista una semejanza

de concepción. Entre tantas interpretaciones temporales como Borges formula en sus obras, obligadamente algunas habian de coincidir con la de Quevedo. *Pero no creo que esto tenga mayor significación, ya que no implica la semejanza de una convicción, que en Borges no existe.*

Creo que a pesar del indiscutible interés del capítulo —porque Bellini hace un minucioso recuento de las fórmulas temporales borgianas— es aquí donde las tesis del gran crítico italiano sobre el acercamiento de Quevedo a los grandes poetas hispanoamericanos del momento, tiene menos consistencia.

En su conjunto, el trabajo que hemos reseñado tiene, además, otro motivo para ser estimado. Se trata de la aportación bibliográfica que, en notas, contiene de los distintos autores analizados.

MARINA GÁLVEZ

DEBICKI, Andrew P.: *Poetas hispanoamericanos contemporáneos*. Madrid, Gre-dos, 1976, 263 págs.

Se acerca el autor de este libro con calor a nombres que lo son todo en la poesía penúltima y última hispanoamericana: Martí, Vallejo, Borges, Pellicer, Neruda, Villaurrutia, Paz, Parra, Sabines y Pacheco. Falta alguno que nosotros quisiéramos recordar con cierta unción poética: E. Cardenal, y que descamos estuviera bajo la misma luz de todos estos autores estudiados.

El libro, a primera vista, si sólo se mira el índice, puede parecer un libro más que intenta decir de estos autores. Mas no es así. El libro viene sabiendo a novedad, porque, en primer lugar, el autor deja de lado la obra total y se aproxima al poema —a cada uno de los poemas— aplicando su visión personal y crítica. En segundo lugar —y en esto hay que poner gran énfasis— Debicki valora en la obra poética algo que hasta el momento se había aplicado a la novela, y no a la poesía: *La perspectiva del hablante*. Con este sistema, Debicki cree explicar el valor de los poemas analizados y definir las experiencias que estas obras comunican al lector.

Nosotros estamos de acuerdo en que él, más o menos, lo consigue; pero no creemos que esto sea una solución definitiva para alcanzar el último mensaje del poema analizado por parte del lector, porque cada uno llegará al poema desde cualquier ángulo, y si goza del ángel recreador de la poesía ya realidad, descubrirá el mundo alado que a otro no le fue dado intuir. Aunque estamos con Debicki en que su solución pueda ser muy provechosa y hasta diríamos que muy eficaz para señalar hacia dónde va dirigido el mensaje poético de tal o cual autor y valorarlo en toda su dimensión.

Valoramos su arranque y positivamente ante poemas diferentes como los que analiza. Y lo valoramos más cuando de antemano sabemos de su propósito, que nos lleva, de por sí, a un modo de hacer sereno y pensador: «Los estudios de este libro apuntan a la necesidad de no desligar los estudios de la poesía de los de la prosa narrativa, y de tomar en cuenta las relaciones entre ambos géneros y entre los métodos de crítica empleados en ellos» y «en términos aún más generales, todos mis estudios se basan en la esencia de que el poema es un mundo íntegro, que representa una manera insustituible de captar y comunicar significados vitales».